

VII. Respecto de la tercera semejanza ya he mostrado mas arriba que el salvador de los hombres le comunicó por excelencia el título y oficio de reparadora, tanto porque ella dió de su propia sustancia el precio y la víctima de nuestra salud y la ofreció juntamente con él en el sacrificio de la cruz, como porque en la persona de S. Juan le dió Jesus por sus hijos todos los escogidos, para que los produzca á la gloria. Y sobre todo la experiencia continua del cuidado que tiene de ellos, hace palpar el encargo extraordinario que se le ha cometido; de donde infiero que debe de decirse de ella por semejanza lo que hemos dicho de su hijo; á saber, que pues todo el mundo corporal y espiritual es para la salud de los predestinados que le han sido cometidos, es preciso que ella haya recibido un poder libre no solo para la disposicion de los efectos ordinarios, sino para las maravillas extraordinarias que conviene obrar á este fin. Por mi creo firmemente que si nos fuese permitido ver con claridad los secretos que pasan á nuestro rededor, hallariamos que hace en las almas operaciones maravillosas de gracia no solo por la disposicion de los objetos exteriores que nos presenta por la mediacion de los ángeles buenos, sino inmediatamente por sí obrando en nuestros espíritus de una manera eminente y proporcionalmente á la de la sagrada humanidad; porque si algunos doctos teólogos dan al sacerdote el poder de obrar inmediatamente en la sustancia de las almas para producir físicamente la gracia por las palabras sagradas como instrumentos de la divinidad, ¿dudaremos que pueda haber algun modo semejante y aun mas elevado para la que está en una dignidad mucho mas eminente que los sacerdotes y los sacramentos de la iglesia? Mas reverenciamos en silencio en nuestro corazon lo que no podemos explicar, y alabemos eternamente á Dios por estar al servicio de una señora tan poderosa, que ha recibido

toda potestad en el cielo y en la tierra y puede obrar toda especie de maravillas en la naturaleza y en la gracia, cuando sea menester no solo para nuestra salvacion, sino para nuestro contentamiento.

CAPITULO XIV.

DE LAS OBLIGACIONES QUE POR TODOS ESTOS TITULOS TENEMOS DE AMAR, HONRAR Y SERVIR A LA MADRE DE DIOS.

Los que quieren reducir á una suma total varias cantidades, despues de poner al pie de cada llana el importe de las que en ella se contienen, las juntan al fin todas en una y así saben á cuánto monta el todo. De la misma manera aunque yo al tratar de las grandezas de poder de la madre de Dios he hecho ver de paso las obligaciones que tenemos por cada una de ellas considerada aparte de amar, honrar y servir á nuestra señora, creo no obstante deber discurrir brevemente y como en sumario acerca del mismo asunto.

§. I.—De las obligaciones que tenemos de amarla.

I. Para dudar si estamos obligados á amar á la madre de Dios habria que negar que el sol alumbra y que el fuego da calor, que los árboles tienen hojas y que hay arena en la playa y agua en el mar: seria preciso ó ignorar enteramente que hay una madre de Dios, ó no amarse á sí mismo, porque á cualquier parte á donde nos volvamos, encontramos tan frecuentes motivos de amarla, que ni aun la malignidad puede ocultarlos. Con efecto yendo en derechura á la fuente de todos los bienes que poseemos, si tenemos un Emmanuel, es decir, un Dios con nosotros, ella fué el iman que le

atrajo, el puente por donde bajó á nosotros, como dice Proclo (1), y el retrete donde se obró esta admirable union de Dios con el hombre. Si tenemos un sumo sacerdote que ofrece á Dios el sacrificio propiciatorio, en el templo de su sagrado cuerpo se revistió de las vestiduras pontificales para presentarse como correspondiente delante de su eterno Padre, segun dijo un dia la misma Virgen á santa Brigida. Si tenemos una víctima de reconciliacion que sea agradable á aquel á quien habiamos enojado con nuestras ofensas, se lo debemos á la Virgen, dice S. Epifanio (2), porque ella es la inocente oveja y la madre de este divino cordero. Si las buenas almas tienen un esposo escogido entre millares, ella es el tálamo donde se celebró su boda, como dice S. Andrés Cretense (3). Si tenemos un rey tomado de entre nosotros y conversando privadamente entre los suyos, ella fué el óleo de la santa unción que se derramó sobre su cabeza y el trono donde está sentado, como dice el mismo doctor. Ella le puso la corona sobre la cabeza segun la frase de S. Ambrosio (4). Si tenemos un maestro para enseñarnos el camino del cielo y la ciencia de la salud eterna, en su seno le dió el Espíritu Santo los grados y el magisterio, como dice el ya citado arzobispo de Candia. Si tenemos un fiel pastor que va delante de nosotros y nos lleva á los pastos deleitosos de la vida eterna, ella es la que le dió nuestra librea, como dice el emperador Leon (5). Si tenemos un capitan valeroso y resuelto para destruir á nuestros enemigos; ella es su lugarteniente, y la sombra sola de su proteccion basta para que estemos seguros, como dice el venerable Cosme de Jerusalem.

(1) Hom. de Christi natal.

(4) De institut. Virg., c. 16.

(2) Sermo de S. Deipara.

(5) Orat. in obdorm. SS. Deiparae.

(3) Orat. in Annuntiat.

para.

II. Si gozamos ahora de la felicidad del siglo de oro en comparacion de las edades pasadas, ella fué la hermosa alba, como canta el poeta Prudencio. Si los ángeles conversan con nosotros y se complacen en nuestro trato, es desde que ella los domesticó, dice San Epifanio (1), porque antes estaban siempre ocupados en cortejar á su príncipe en el cielo; pero luego que la Virgen le atrajo á la tierra, no despreciaron aquellos á los que su rey reconoce por hermanos. Si experimentamos los dulces efectos de la paz que bajó á la tierra con el cuerno de la abundancia, ella fué, dice S. Buenaventura (2), la casta paloma que trajo la rama de olivo en el pico. Si los llantos y pesares de nuestros primeros padres se han convertido en cánticos de júbilo, debemos esa dicha á la que es la comun alegría del mundo, como dice S. German (3). Si sucedió la vida á la muerte, de que estaban aquellos amenazados, es un beneficio de esta señora, que es el árbol de vida plantado en medio de la iglesia, como dice San Efren (4). Si se restituyó la libertad al infeliz Adam despues de su fatal servidumbre, á la Virgen santísima fué otorgada, como dice el Crisóstomo (5). Si fué sacado de su calabozo para ver la apacible luz del cielo, pregone que lo debe á Maria, origen de esa bella luz que ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo, como dice el citado S. Efren (6).

III. Si nos es permitido coger á satisfaccion los frutos de la gracia de Dios, los hallamos bajo las ramas de esta vid frondosa, dice S. Ildefonso (7), cuyas flores son los frutos de honor y de gracia. Si tenemos mas medios que

(1) Serm. de S. Deipara.

(5) Serm. de Genesi et interdictione arboris.

(2) Specul. B. Virg., c. 8.

(3) Serm. in adorat. venerandæ zonæ Deiparae.

(6) Orat. de laudibus sanctissimæ Dei matris.

(4) Orat. de laudib. SS. Dei matris.

(7) Serm. in Assumpt.

nunca de gustar la dulzura de las delicias que prepara Dios á las almas escogidas, gracias á aquella que es fuente de las mismas, como dice S. Epifanio (1); que es la copa llena de la divina sabiduría, segun frase de S. Andrés de Candía (2); que es el cántaro de oro donde se guarda el maná celestial, como dice S. Efren (3). Si tenemos mas atrevimiento para presentarnos á Dios que nunca, es por la mediacion de aquella á quien nada puede negarse, como dice S. Epifanio (4). Si las bendiciones estan hoy cambiadas, de suerte que en lugar de la abundancia de pan y vino, de aceite y de otros frutos de la tierra se nos habla del pan de los ángeles, de las provisiones de los bienaventurados y de los bienes de que goza el mismo Dios; á María despues de Dios debemos este feliz cambio, dice S. Basilio de Seleucia (5); á María, que es el verdadero paraíso de esos tesoros eternos. Oh María, exclamaba Jorge de Nicomedia (6), ¿quién podrá comprender los inestimables beneficios que te debemos? Por tu medio se nos otorgó la entrada en el cielo: por tu medio se nos levantó el destierro: por tu medio se quitó de la puerta del paraíso la espada de fuego, se abrieron de par en par las puertas del cielo, se llenaron las esperanzas de los patriarcas, se cumplieron los vaticinios de los profetas y recibimos la seguridad de nuestra rehabilitacion: en fin por tu medio esperamos gozar de los bienes perdurables.

IV. A veces me figuro que nos parecemos á aquellos hijos de familia, que por haber nacido en casas soberbias, ricamente amuebladas, dispuestas con todas las

(1) Serm. de sancta Maria Deipara.
 (2) Orat. de dormit. Deiparæ.
 (3) Orat. de laud. SS. Mariæ Deiparæ.
 (4) Serm. de laud. SS. Deiparæ.
 (5) Orat. de Assumpt.
 (6) Orat. de oblat. Deiparæ.

conveniencias, como no saben lo que es incomodidad, no pueden apreciar las ventajas de su condicion por no haber experimentado la miseria ó los afanes con que sus antepasados allegaron las riquezas de que ellos gozan sin trabajo. De la misma manera creo yo que por estar nosotros nadando en la abundancia de los bienes espirituales somos poco capaces de estimar nuestra dicha en comparacion de aquellos padres antiguos que daban alaridos de hambre y se hubieran contentado con recoger las migajas de la mesa de los hijos de la iglesia. ¡Oh! Si el santo patriarca Jacob que murió en la expectation de la salud de Dios (1); si el buen anciano Tobías, que decia á la hora de la muerte que tendria por grandísima merced que viviera alguno de sus descendientes para ver la gloria y el esplendor de Jerusalem cuando Dios la visitase (2); si el profeta Isaías, que con tantos suspiros pedia á Dios rompiese los cielos y descendiese (3); si todos esos corazones inflamados de que habla S. Pablo (4), que recibieron las promesas de Dios sin ver el cumplimiento de ellas, contentándose con saludar de lejos los bienes de que ahora gozamos, se hallaran ahora como nosotros en plena posesion de la dicha que desearon con tanta ansia; ¡cómo la estimarian! ¡Cómo se mostrarían agradecidos al Verbo encarnado y á la que fué la carne de su carne, el hueso de sus huesos y la sangre de su sangre! Ellos serian mas capaces que nosotros de juzgar de la diferencia que hay entre nuestros sacramentos y los suyos, entre nuestras bendiciones y las que les fueron concedidas, entre sus deseos y nuestra abundancia. No dejemos por lo tanto de tener la mas alta estimacion del siglo dichoso en que vivimos, y de los

(1) Genes. XIX.
 (2) Tob., XIII.

(3) Isai., LXIV.
 (4) Ad hebr., XI.

bienes sin tasa que derrama el cielo sobre nosotros, y reconocer por merced de quién los poseemos, porque siempre ha sido el sentir de los ilustres padres de la iglesia que despues de Dios se lo debemos á su dignísima y respetada madre.

V. Mil y doscientos años há que su fiel siervo y defensor S. Cirilo le hablaba de esta suerte en el concilio de Efeso, donde peleó tan denodadamente en favor de ella contra el obstinado Nestorio: «Yo te saludo, Virgen santísima, por cuyo medio glorifica y adora la beatísima Trinidad á todo el mundo, por quien se llenan de alegría los cielos, rebosan de contento los espíritus bienaventurados, Satanás es precipitado del cielo, son ahuyentados todos sus parciales, el hombre es restituido á su condicion primera y aun á otra mejor que la que había perdido; la idolatria es desterrada y los hombres vuelven al conocimiento de su criador; el sagrado bautismo es comunmente conferido á los hijos de salvacion, y se les administra la santa confirmacion para confortar sus almas: donde quiera se levantan templos, y todas las naciones de la tierra son exhortadas á la penitencia.» «Por tí, benditísima señora (le decia el humilde Idiota en su contemplacion), es reparada la inocencia, se restablece en la tierra la vida de los ángeles, el hombre se reconcilia con Dios, que se une á él, y el diablo es vencido y pisado.» «Por tí, decia el fervoroso san Efren (1), vivimos ahora bajo el suave yugo de la ley de amor, porque tú eres el papel divino en que fué escrita con el dedo del Espíritu Santo: por tí han recibido todos los órdenes de la iglesia nuevo lustre y crecimiento de valor: por tí son mas fácilmente escuchadas de Dios nuestras oraciones, porque tú eres el incensario

(1) Orat. de laudib. sanctissimæ Dei matris.

de oro fino en que se ofrecen.» «Sin tí (esta es la protesta de S. Andrés Cretense) no podriamos esperar ser recibidos de Dios; pero tú eres la divina levadura que diste el gusto á nuestra naturaleza y la incorporaste de un modo incomprendible al Verbo divino, para que se hiciera un pan juntamente con él.»

VI. ¡Oh quién fuera iluminado por Dios para penetrar estas consideraciones! ¡Oh quién tuviera abierto el apetito espiritual para saborear las dulcedumbres interiores de este misterio! ¡Oh quién pudiera estimar los bienes, delicias y tesoros que tenemos en Jesus y en Maria! ¡Oh quién tuviera los sentimientos de las almas santas para con esta señora, por cuyas manos pasan todas las mercedes que recibimos del cielo! El seráfico padre S. Francisco, como se declara en su Vida, la amaba con un amor indecible, principalmente por el motivo de que Dios se habia hecho nuestro hermano de ella, en ella y por ella. El devoto S. Bernardo se deshacia en llanto cuantas veces se engolfaba en esta consideracion. En efecto el pensamiento es poderoso para mover nuestros corazones á querer con un amor no menos eficaz que tierno á aquella á quien lo debemos todo despues de Dios. Digo esto valiéndome de la profunda expresion de S. Agustin, que decia (1): «De otra suerte ¿qué sería de nosotros (2)?»

(1) Serm. 58 de verbis Domini: *Sine hoc quid esset homo?*

(2) Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur. — «Digámosle pues con todo reconocimiento: Virgen santa, tú eres nuestra madre: Sara no nos reconoce; Rebeca no sabe quién somos. Es verdad que hemos degenerado tanto de la virtud de estas santas, que no se descubre ya en nuestra conducta

ningun vestigio que haga creer que somos sus hijos; pero si ellas nos desconocen, esperamos que tú no olvidarás que eres nuestra madre. La bondad de los hombres tiene sus límites, en vez que el abismo de misericordia de la sacratísima Virgen no puede agotarse la maldicia humana. Anatema á quien no ame á esta señora.»

VII. Para comprender mejor lo que antecede, figurémonos un estado que exista sin Jesus y sin Maria, sin los misterios de la vida y pasion de aquel, sin las admirables virtudes de esta, sin el amparo y confianza que tenemos en el uno y en la otra, sin los sacramentos, fiestas y solemnidades católicas y sin todos los otros bienes que tenemos de la liberalidad de nuestro buen padre Jesus y de su santa madre la Virgen: ¿cuál sería el aspecto de ese estado sino el de la sociedad judáica ó gentilica, de donde fuimos sacados para descubrir la admirable luz de Dios? ¿Qué consuelo recibe mi alma cuando oye que habrá toda una eternidad para considerar estas maravillas, meditar estas verdades, entrar en el santuario de estos santos pensamientos, derretirse en dulces afectos de reconocimiento, accion de gracias y bendiciones, ver á Jesus y Maria, á Maria en Jesus y á Jesus en Maria, amarlos de todo corazon, y amándolos transformarse en ellos, y por esta transformacion participar de su dicha y ser totalmente suyos, para pagarles con esto cuanto pudiéremos por tantos bienes! ¡Oh dulcedumbre! ¡Oh contentamiento! ¡Oh eternidad! Bien puede decirse que eras absolutamente necesaria para las almas fieles, porque el tiempo, por muy largo que fuese, hubiera sido brevísimo para cumplir nuestros deberes. Mientras llega esa dichosa época, recibe, santa señora, de todos los que te aman las dulces palabras de san Agustin, uno de tus mejores siervos. «¿Quién podrá, dice (1), darte gracias dignamente y quererte segun tus méritos, considerando que con una señal de tu consentimiento impediste que pereciera el mundo? ¿Qué alabanzas te podriamos tributar despues de haber recobrado la amistad de Dios por tu medio? Dignate de recibir

(1) Serm. 48 de sanctis.

nuestra gratitud, aunque sea mucho menor que tus beneficios, y añade á las obligaciones que te tenemos de antemano, una palabra favorable para con aquel que no puede darte repulsa. Admite nuestros ruegos en tus celestiales oficinas, donde se decretan los memoriales de los suplicantes, y en testimonio de que no te han sido desagradables, firma la gracia de reconciliacion que con toda humildad te pedimos.

§. II.—De lo obligados que estamos á honrarla.

I. Si grande es la obligacion que tenemos de amar á la madre de Dios; no es menor la que nos fuerza á honrarla. Debemos hacerlo en primer lugar porque es digna de todo honor. «Hasta su nombre, dice el bienaventurado mártir Metodio (1), es una fuente de honor que rebosa en gracias y bendiciones.» Y si la antigüedad miró con tanto respeto el cenáculo donde el Salvador celebró su última cena, que le hizo el primer templo del mundo; ¿no merece mucho mas la Virgen santísima, á quien S. Ambrosio llama la sala animada donde se efectuaron los misterios mas inefables de nuestra salvacion (2)? S. Fulgencio ordena (3) que la veneremos como la cámara de donde salió el Redentor adornado de la vestidura de nuestra humanidad para pelear con el mundo y el infierno. Si Dios quiso fuese tan honrada el arca de la alianza, que castigó con pena de muerte al irreverente que la mirara con curiosidad; ¿qué no hará por el arca viva del nuevo testamento, destinada, como dice S. Ildelfonso (4), á encerrar la majestad de Dios no en figura, sino en realidad? Si el

(1) Orat. in Hypapant.

(2) De institut. Virg., c. 2.

(3) Serm. de S. Stephano.

(4) Serm. 4 de Assumpt.

monte Sinai fué tan augusto porque estaba un ángel con Moisés, que era prohibido acercarse á él so pena de perder la vida; ¿qué comparacion hay entre el Sinai y el monte santo que Dios se preparó para construir su real palacio, segun observa S. Andrés Cretense despues de David (1)? Si entre los profanos se tuvo en tanto aprecio una nave por haber transportado al capitan de los argonautas con su tripulacion victoriosa, que se guardó como preciosa reliquia, aunque ya vieja y hecha pedazos; ¿qué honor no merecerá aquella, á quien la iglesia llama la nave del negociante celestial cargada de divinas vituallas para sustento de las almas? Si Ester por haber hecho revocar el edicto de muerte publicado contra los judíos fué recibida con tanto júbilo, que no parece sino que se celebraba el aniversario de la Judea (2); ¿qué fiesta habrá de hacerse en honor de la que segun elogio de la iglesia convirtió en bendicion la maldicion que Dios habia echado no á una porcion de habitantes, sino á todo el linaje humano? Si Judit recibió innumerables aclamaciones por haber abatido al soberbio enemigo de los hebreos disipando así la guerra que los amenazaba (3); ¿qué triunfo no merece nuestra heroina, que conculcó y derrotó á nuestro mas feroz enemigo, sin que le quede esperanza de poder levantarse mas? ¿Donde habrá una boca tan elocuente, decia san Basilio de Seleucia (4), que pueda ponderar como es debido las grandezas de la madre de Dios? ¿Dónde se hallarán flores para tejer una corona á la que llevó la flor de Jessé, que embalsamó á todo el mundo? ¿Dónde se tomarán presentes adecuados á la excelencia de la que supera en beneficios todo cuanto hay en el universo? Si

(1) Salmó LXVII.

(2) Ester, VIII.

(3) Judit, XIII.

(4) Serm. in Annuntiat.

S. Pablo no tuvo reparo de decir hablando de los santos que el mundo no era digno de ellos; ¿con qué palabras encareceremos el mérito de la que excede á todos en grandeza y santidad mucho mas que el sol á las estrellas en claridad?

II. Debemos hacerlo además en razon de haber sido honrados por ella mas de lo que puede comprender el entendimiento humano. Vé aquí lo que dice S. Anselmo en el capítulo 9 de su libro sobre la excelencia de la Virgen santísima: «Si tenemos la honra de ser hijos de tal padre y hermanos de tal hermano; confesemos resueltamente que debemos este beneficio inestimable á la virgen María y á su benditísima fecundidad, á quien se concedió esta dignidad en términos, que sin la virginidad fecunda nunca se hubiera reparado así nuestra naturaleza. Si entre las humillaciones de esta vida ha sido ennoblecida nuestra especie hasta el punto de unirse á Dios, y si desde ahora conocemos ser tan grande este beneficio, que excede infinito nuestra capacidad; ¿cómo nos contendremos cuando veamos á nuestro hermano coronado de gloria y sentado sobre el excelso trono? ¿Qué júbilo embargará nuestro corazon cuando sepamos el cariño que nos tiene y cómo puede hacernos bienaventurados á todos, habiendo recibido un poder absoluto sobre todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos!»

III. Debemos hacerlo á mayor abundamiento, porque todas las criaturas sensibles é insensibles van á porfia á honrarla. «El mar y la tierra, dice Proclo (1), van á porfia, aquel calmado sus olas y haciéndose dócil á los mandatos de la madre de Dios, y esta manifestando á su modo la alegría que recibe de ser pisada por los peregrinos que van á ofrecerle sus votos.» «Reparad cuán-

(1) Homil. de Christ. nativ.

tas turbas acuden de todas partes á rendirle homenaje, dice S. Juan Damasceno (1): considerad que los cristianos mas visibles y distinguidos son los primeros á servirla. Ved tras ellos una muchedumbre de extranjeros, hasta los principes de los enemigos cargados de presentes y deseando ser contados en el número de sus vasallos. ¿Qué deben hacer en medio de este regocijo público los espíritus bienaventurados, que estan mas cerca de la persona del rey su hijo y penetran sin comparacion mas que nosotros sus méritos?

IV. Debemos hacerlo mucho mas si consideramos cómo la honró el mismo Dios; porque ¿podia hacer mas que elegirla para que le atrajese del cielo á la tierra y querer tenerla por madre, nodriza, regente y coadjutora en la obra de nuestra reparacion, gobernadora de su estado, abogada de sus queridos hijos, medianera para con él, protectora de su iglesia, tesorera de sus rentas, capitana de sus ejércitos, compañera de su grandeza, señora con él de todo lo que está debajo de él? Inteligencias bienaventuradas, comprended, si podeis, una cosa mas grande y augusta; y si no podeis, confesad con nosotros que Dios tiene un deleite infinito en honrarla y que la santísima Trinidad trabajó por ensalzar á la hija, madre y esposa sin par.

V. Debemos hacerlo en último lugar, dice Leoncio, obispo de Nápoli de Chipre (2), porque Dios acepta como hecho á él el honor que se tributa á esta señora. El cielo, considerándolo bien, no es mas que un eco de alabanzas, que se dirigen á veces inmediatamente á los santos; pero siempre se enderezan á Dios como á su último fin, y cuanto mas excelentes son, mas honrado y glorificado es él. Pero las que se dirigen á la Virgen, re-

(1) Orat. 4 de nativ. B. Virg. judæos. Se cita en el segundo

(2) Lib. 3, Apolog. contra sínodo niceno, ac. 4.

tornan mas perfectamente á él y le agradan mas que todo el contingente que saca de sus criaturas. El cielo es un gabinete de maravillas alhajado de piezas raras, que no es posible apreciar ó admirar, sin que redunde honor al que no solo es dueño, sino artifice de él. El cielo es un artificio de espejos animados, que reflejan admirablemente y envian en derechura á Dios todo cuanto reciben. El cielo es un concierto de alabanzas en que todas las voces estan acordes para bendecir soberanamente á Dios y referirle todo el honor de la santa Sion. Es verdad que la Virgen mas que todos los moradores de la ciudad recibe un grandísimo tributo de gloria; pero solo le emplea para satisfacer los censos que paga continuamente á Dios. Con una mano recibe nuestro reconocimiento, y con la otra le ofrece á aquel á quien todo lo debe. Así no temamos nunca que pueda haber exceso, porque al cabo todo termina en la majestad de Dios, que debe de ser reconocida, adorada y glorificada sin tasa ni fin.

§. III.—De las obligaciones que tenemos de servirla.

I. Es desatino despreciar ó tener por extraña la palabra servicio, porque todo cuanto hay debajo de Dios, sirve. Quién sirve á la vanidad, quién á los ricos, quién á los deleites, quién á si mismo, quién á otro, quién de esta manera, quién de aquella. Entre los principes y señores los mas pequeños sirven á los mas grandes, y el que cree no tener que servir á nadie, suele ser esclavo del vicio. El ambicioso sirve á las honras y dignidades, y su galardón se va en humo: el avaro sirve al dinero y recibe por salario graves cuidados: el sensual sirve á sus deleites y lo paga con suspiros y pesares. El uno navega los mares; el otro va á la guerra: este consume su hacienda; aquel trabaja y suda dia y noche:

quién corre azares y expone su vida por quien no se lo agradecerá jamás. ¿No es esto vender muy baratos sus servicios? Escoja mejor el que pueda: yo por mi parte quiero ser de la madre de Dios y servirla, si hay medio, tanto como Dios puede aceptar el servicio que se hace á una criatura. Porque ¿dónde podré yo hallar un objeto mas digno de ser servido? ¿Quién ha hecho nunca una fortuna semejante á la de los siervos de esta princesa? Si por su mala suerte han incurrido en la desgracia ó indignacion de Dios; ¿quién como ella para reconciliarlos con su hijo y hacerlos volver á su gracia? Si tienen que tratar algun negocio con él, no hay que buscar otra medianera que su madre. Si estan en medio de los peligros, ella les sirve de muro y escudo. Si se ven rodeados de sus enemigos, no hay ninguna potestad que se resista á ella ó se atreva siquiera á sufrir el resplandor de su rostro. Si han menester de algun beneficio del cielo ó de algun presente de la tierra, ella tiene las llaves de los tesoros de Dios, y no hay que pensar que pueda consentir vivan los suyos en la escasez. Yo desearia que los siervos ciegos del mundo quisiesen penetrar este arcano; porque ¿pueden esperar una cosa semejante despues de haber gastado toda su vida y sufrido toda especie de trabajos. ¿Crean por ventura ser mas dichosos que tantos millares de millares anteriores á ellos, los cuales no adquirieron otra cosa que un fatal arrepentimiento con sus largos servicios? ¿No es menester tener enferma la imaginacion para dejar así lo verdadero por lo aparente y un bien que está acompañado de todos los bienes, por una fantasma y un ídolo de nada (1)?

(1) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Pero, que mi empeño fuese mas puro y menos interesado. Todos tus siervos hacen tan gran fortuna,

II. Si mis palabras son demasiado débiles para penetrar esos corazones empedernidos, ó la vanidad se ha apoderado de tal manera de ellos, que no hay medio alguno de echarla; á lo menos harán alguna fuerza en las almas que estan dedicadas al servicio de la reina del cielo, y les darán motivo de bendecir á Dios por la eleccion que ha hecho de ellas. Si por acaso son tan nobles y generosas, que quieran dejar á un lado todos los intereses á que pudieran aspirar yendo en pos de esta señora; acuérdense de que aun cuando no tuvieran ningun provecho, les redunda demasiado honor de poder gloriarse de pertenecer á la servidumbre y familia de la madre de Dios. De eso se precian los espíritus mas encumbrados del cielo: ese es el titulo mas hermoso que llevan despues del de siervos de Dios; y no se piense que estas son calidades diferentes. La corte del hijo y de la madre es una misma y unos mismos los oficiales; por lo tanto es el oficio mas ilustre el estar escrito en esa lista. Asi no extraño que Metodio llame á la Virgen altar de las almas (1), porque las mas justas y mas adornadas de merecimientos que han existido desde el principio del mundo, se ofrecieron y como que se inmolaron á su servicio. Sea enhorabuena, victimas sagradas, que os colocásteis vosotras mismas en esa divina hoguera para ser consumidas por las llamas de vuestra caridad y vuestros humildes deberes en el servicio de aquella, á quien todos los que sirven á Dios, se tienen por muy honrados de servir. Yo, santa señora,

que temo al amor propio en esta servidumbre: tus cadenas son muy deleitables, y el que tiene esta porcion, es muy dichoso. Pero si lo que es imposible, pudieras detener la fuente

de tus liberalidades, yo te serviria de todo corazon sin pretender mas que el honor y el gozo de ser del número de tus domésticos.»

(1) Orat. in Hypapant.

si tuviera tantas vidas como arenas hay en la tierra, y tantos medios de servirte como tienen todas las criaturas juntas, aun no lo creeria suficiente para satisfacer el deseo de mi corazon, que desde ahora consentiria gustosísimo en no ser, si no tuviese esperanza de servirte y amarte para siempre.

TRATADO TERCERO.

LA CORONA DE BONDAD

DE LA MADRE DE DIOS.

Discurriendo la razon por que S. Andrés Cretense entre otros muchos elogios de la virgen Maria la llama tres veces reina (1), me persuadi al principio á que era por el triplice dominio que esta señora tiene en el cielo, en la tierra y en los infiernos, segun dije al fin del tratado anterior refiriéndome á Idiota y á Arnulfo de Chartres. Pero considerándolo mas despacio empecé á decir para mí: ¿no será tambien con motivo de las tres coronas que recibió en tres diferentes estados, la de la plenitud de gracia que le fué dada en el instante de su concepcion, la de madurez con que fué honrada cuando concibió al Verbo divino, y la de gloria que recibió el dia de su Asuncion? No será mas bien en consideracion de la triplice corona que llamé desde el principio de excelencia, poder y bondad? Con dificultad podrá negarse que no sean

(1) Orat. 2 de dormit. B. Virg.